



“Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, a quien le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe.” **3 Juan 9**

Cuando estudiamos **Génesis 3** vimos que el pecado no solo nos hace culpables delante de Dios, sino que también produce vergüenza. Adán y Eva intentaron cubrir esa vergüenza con hojas de higuera. De manera similar, muchas personas construyen una imagen falsa de sí mismas para ocultar lo que realmente sienten en su interior.

Parece que eso ocurrió con Diótrefes. Su necesidad de ocupar siempre el primer lugar revela un corazón que busca valor y seguridad en la aprobación de las personas en lugar de encontrar satisfacción en Cristo. Su alegría dependía de ser admirado, respetado y reconocido por los demás. Juan añade que Diótrefes “*no nos recibe*”. Esto sugiere que rechazó la autoridad apostólica de Juan e incluso impidió que sus mensajes fueran escuchados en la iglesia. ¿Cómo puede alguien llegar a ese punto? Detrás de muchas actitudes pecaminosas suele encontrarse el miedo.

Cuando la vergüenza no es llevada a Cristo para recibir perdón y restauración, se transforma en miedo. La persona teme ser descubierta, teme que otros vean quién es realmente y que su imagen cuidadosamente construida se derrumbe. Ese miedo puede llevar a conductas destructivas: manipular a otros, controlar situaciones, aislarse, buscar tener siempre la razón, reaccionar con ira o vivir obsesionado con agradar a los demás.

La Biblia muestra que el evangelio nos libera precisamente de esa esclavitud. Dios no nos llama a esconder nuestra condición, sino a reconocerla delante de Él. Jesús vino a salvar pecadores, no a personas que aparentan perfección. Por eso podemos acercarnos confiadamente a Él, sabiendo que su gracia es suficiente para cubrir nuestra vergüenza y sanar nuestro corazón (**Ro. 8:1; He. 4:15-16**).

Además, la vergüenza no solo puede surgir de nuestros propios pecados. Muchas veces nace de heridas causadas por otros: abuso, abandono, rechazo o violencia. El enemigo utiliza esas experiencias para sembrar mentiras como: “no vales nada”, “no eres suficiente” o “algo malo hay en ti”. Sin embargo, la Palabra de Dios declara exactamente lo contrario. Nuestro valor no depende de lo que otros nos hicieron, sino del amor de Dios demostrado en Cristo. Él nos amó tanto que entregó a su Hijo para salvarnos y adoptarnos como sus hijos (Jn. 3:16; 1 Jn. 3:1).

Diótrefes permitió que su miedo gobernara su corazón. Por eso no toleraba corrección, no aceptaba equivocarse y rechazaba a cualquiera que amenazara su posición. El resultado fue división y daño dentro de la iglesia. Antes de señalar a Diótrefes, debemos examinarnos a nosotros mismos. ¿Existe en nuestro corazón el deseo de controlar, de recibir reconocimiento o de proteger nuestra imagen a cualquier costo? Si descubrimos algo de esa actitud en nosotros, la respuesta no es ocultarlo, sino confesarlo delante de Dios. Él es fiel para perdonar, restaurar y transformar a quienes vienen a Él con sinceridad (**1 Jn. 1:9**).

Mi percepción bíblica (lo que entendí)

Mi oración (convierte tus reflexiones en oraciones sinceras)

Aplicación (entonces haré)
